

## **“El vino nuevo del Espíritu Santo y la lengua universal de la santidad” Homilía para el domingo de Pentecostés, año A**

### **Introducción**

En este domingo de Pentecostés, una vez más nos encontramos “refugiándonos en el lugar” con los apóstoles. Digo “una vez más”, porque nuestra lectura del Evangelio para este último día del tiempo pascual es la misma que escuchamos el segundo domingo de Pascua. Para ser más exacto, el Evangelio de hoy es la primera mitad de lo que escuchamos ese domingo, y la diferencia muestra la diferencia en el énfasis.

### **El don del Espíritu**

Las lecturas del Evangelio al principio del tiempo pascual ponen el énfasis en la Resurrección corporal de Jesús: el mismo cuerpo físico en el que caminó por la tierra fue el cuerpo en el cual resucitó a una nueva gloria. La segunda mitad de la lectura del Evangelio de ese domingo de la octava de Pascua es el relato de Santo Tomás que duda y luego se encuentra con el Señor físicamente resucitado, quien invita a Tomás a poner su mano en sus llagas.

Aquí en el domingo de Pentecostés, lógicamente, el énfasis está en el don del Espíritu Santo. Vemos aquí la interpretación de san Juan de cómo nuestro Señor envió a su Espíritu a la Iglesia: está íntimamente relacionado con su Resurrección. Muestra la continuidad de la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo. El Padre envió a su Hijo al mundo para llevar a cabo la obra de nuestra salvación, lo cual él hizo a través de su Pasión, muerte y Resurrección salvadoras. Pero la gracia de esa acción salvadora necesita ser comunicada al mundo entero, a través del espacio y el tiempo. El trabajo que nuestro Señor realizó a través de su cuerpo físico se comunica ahora al mundo a través de su Cuerpo Místico, la Iglesia: así su don del Espíritu a la Iglesia, que la anima y la guía por el camino de la verdad para que pueda comunicar la verdad y la gracia salvadora de Dios a todos los pueblos a lo largo de la historia, hasta que él vuelva al final de los tiempos. Se podría decir que, en la visión de Juan, el momento de Pentecostés es el momento de la “transmisión del testigo” del Hijo al Espíritu.

En nuestra primera lectura de los Hechos de los Apóstoles, vemos la interpretación de san Lucas sobre el don del Espíritu de Cristo a la Iglesia. Aquí vemos que la comunidad de discípulos se había mantenido unida. Sabemos por unos pocos versículos antes de donde comienza la lectura que había unos 120 discípulos en total reunidos en ese mismo Cenáculo. Esta es la comunidad que se convertiría en los primeros miembros de la Iglesia, el Cuerpo Místico de Cristo. Y san Lucas nos deja muy claro el efecto que el don del Espíritu tuvo en ellos. Si bien el fin del refugio en el lugar para nosotros es un proceso gradual, con

restricciones que se van levantando poco a poco, en el caso de esos primeros discípulos el don del Espíritu les dio inmediatamente el poder de salir de ese Cenáculo para proclamar la Buena Nueva, sin límites, literalmente hasta los confines de la tierra (es decir, del mundo conocido en ese momento). Se podría decir que esto fue algo así como el efecto del Big Bang. La teoría del Big Bang sobre el origen del universo sostiene que todo el universo comenzó a partir de una especie de explosión de un punto singular originario y continuó siempre expandiéndose en el espacio y el tiempo. Así que con esos primeros discípulos: el don del Espíritu fue su—se podría decir—“big bang” que los envió a dispersarse por todo el mundo evangelizando y formando nuevas comunidades cristianas.

La descripción del descenso del Espíritu sobre ellos simboliza este efecto. El fuego recuerda al de la zarza ardiente que se le apareció a Moisés, la manifestación del Dios que le dio la ley a Moisés. Ahora Dios le da a la Iglesia la ley del Espíritu. Las formas de lengua significan que la Iglesia abrazará a todos los pueblos de todas las naciones y de todas las lenguas: así el significado de que los apóstoles hablaran en los idiomas de todas las personas reunidas allí en Jerusalén de todo el mundo para la gran fiesta del Pentecostés judío.

### **Efectos del Espíritu en nosotros**

Un par de versículos después de que esta lectura termine san Lucas nos dice que algunas de estas personas se burlaron, afirmando que los discípulos estaban llenos de vino nuevo. Aparentemente, el vino nuevo tiene un efecto más fuerte que el vino añejo (supongo que por el mayor contenido de azúcar). Pero un predicador africano del siglo VI ve en esta observación el cumplimiento de la promesa de nuestro Señor de que: “Nadie pone vino nuevo en odres viejos. El vino nuevo se pone en odres nuevos, y así se conservan ambos”. Como él sigue diciendo:

Así que cuando escucharon a los discípulos hablando en todo tipo de idiomas algunas personas no se equivocaron mucho al decir: ‘han estado bebiendo demasiado vino nuevo’. La verdad es que los discípulos se habían convertido en odres frescos renovados y santificados por la gracia. El vino nuevo del Espíritu Santo los llenó, de modo que su fervor se desbordó y hablaron en múltiples lenguas.

¿Quién es el Espíritu Santo que llenó a los discípulos con tanto fervor? La Misa de hoy es una de las pocas del año en que se asigna un himno especial llamado “Secuencia” antes del versículo del Aleluya previo al Evangelio. Una “Secuencia” se encuentra en las Misas de la más alta solemnidad relacionadas con el Misterio Pascual de nuestro Señor, incluyendo Pascua, y hoy, domingo de Pentecostés, y la solemnidad que celebraremos en dos semanas, el Cuerpo y la

Sangre de Nuestro Señor Jesucristo (Corpus Christi). Escuchamos la descripción de este Espíritu Santo allí: “Padre de los pobres”; “fuente de todo consuelo”; “amable huésped del alma”; “consuelo, en medio del llanto”; y así sucesivamente. Pero uno podría preguntarse, ¿dónde está ahora este Espíritu de consuelo? Vemos tanta violencia y desprecio por la vida humana, en cada etapa y condición. Estamos presenciando disturbios en Minneapolis y en todo el país por la muerte por asfixia de un hombre que suplicaba por su vida, aparentemente por motivos raciales. Un patrón consistente de esta y otras injusticias de este tipo conduce a la indignación que, a nivel humano, conduce a una violencia aún mayor cuando se extiende más allá del límite de lo humanamente soportable.

Es más, aquellos de nosotros que somos personas de fe tenemos nuestras preocupaciones sobre el tratamiento de la religión cuando la sociedad comienza a reabrirse en medio de esta pandemia actual. Los líderes en la comunidad religiosa nos hemos esforzado por cooperar con nuestros funcionarios civiles en sus esfuerzos por detener la propagación del coronavirus. Como ahora vemos a los funcionarios de los condados de todo el estado haciendo diferentes juicios sobre cuándo y cómo reabrir la sociedad, la gran variedad de estos juicios deja claro que es más que la ciencia lo que deben considerar. También deben considerar las consecuencias económicas, sociales y políticas de sus decisiones. Los líderes de la comunidad de fe debemos considerar todo esto, junto con las consecuencias espirituales. Las complejidades son mucho mayores de lo que se ve a simple vista. Les pido que por favor recen por nosotros, sus obispos, ya que tenemos que tomar decisiones muy delicadas sobre la mejor manera de proporcionar atención espiritual a las personas que han soportado un doble ayuno cuaresmal espiritual este año.

Podemos, sin embargo, tomar valor de nuestros primeros antepasados en la fe cristiana. Imaginen el mundo que se les presentaba cuando salieron corriendo del Cenáculo, el “Big Bang del Espíritu Santo”, para cumplir con la Gran Comisión del Señor de proclamar el Evangelio a toda la tierra. Este era un mundo tan hostil a la fe cristiana que la mayoría de ellos fueron asesinados por su leal adhesión a su fe. Lamentablemente, esto todavía sucede en muchas partes del mundo hoy en día. Para nosotros en Occidente, sin embargo, es un tipo diferente de enfermedad espiritual que nos afecta. Necesitamos, entonces, responder de una manera espiritual. Si nos quedamos en el nivel puramente humano, sólo contribuiremos a la creciente violencia, agresión y discordia que vemos que ocurre a nuestro alrededor. Ser espiritual significa vivir por el Espíritu, nuestra fuente de todo consuelo y el amable huésped de nuestra alma. Esta es la solución. El Papa Francisco nos lo dijo en su homilía de Pentecostés del año pasado:

Devolviendo mal por mal, pasando de víctimas a verdugos, no se vive

bien. En cambio, el que vive según el Espíritu lleva paz donde hay discordia, concordia donde hay conflicto. Los hombres espirituales devuelven bien por mal, responden a la arrogancia con mansedumbre, a la malicia con bondad, al ruido con el silencio, a las murmuraciones con la oración, al derrotismo con la sonrisa.

### **Conclusión**

Estos son los que están llenos del vino nuevo del Espíritu Santo, vertido en “odres frescos renovados y santificados por la gracia”. Así, llenos de este nuevo vino espiritual, hablaremos en las múltiples lenguas discernibles por la gente en nuestro propio tiempo: la lengua de la compasión, la mansedumbre, la bondad, la oración y la sonrisa. Como esos primeros antepasados nuestros en la fe cristiana en ese entonces, que hoy otros digan de nosotros que estamos llenos de ese vino nuevo.